

Un fragmento de las importantes e inéditas Memorias del Presidente Juan Antonio Pezet

INTRODUCCION

Pocos años antes de la muerte del doctor Luis Felipe Paz Soldán, después de una larga y profícua vida, posiblemente en el año de 1958, el venerable anciano, cuya salud estaba muy decaída, tuvo la bondad de cedernos unos borradores de trabajos inéditos, muy incompletos, y ya en esos días no nos pudo precisar si eran fruto del trabajo de su ilustre abuelo don Mariano Felipe Paz Soldán o de su diligente y estudioso padre don Carlos.

Al ordenar dichos papeles, entre los que se mezclaban manuscritos y viejos impresos, tuvimos la grata sorpresa de encontrar una biografía del Mariscal Ramón Castilla, que aunque lamentablemente trunca, es valiosa en si y por las transcripciones que contiene de ciertos notables documentos.

Creemos que el más importante es el que transcribió el autor, cuando al empezar a relatar las actividades de Castilla en la Campaña del Ecuador (1859-1860), que culminó en el Tratado de Mapasingue, dice: "Dejamos la palabra al General Pezet, sobre este asunto, cuyas *Memorias* conservamos inéditas", para continuar con la copia de un largo fragmento de dichas *Memorias*, el mismo que hoy publicamos.

Era esta la primera noticia concluyente que teníamos de la existencia de las *Memorias* del general Juan Antonio Pezet. Conocíamos por los descendientes del general Pezet y por la tradición chorrillana¹, la casi leyenda de que el general en sus últimos años, ya retirado de la política, viviendo en su hermosa residencia de Chorrillos, aún seguía escribiendo sus *Memorias*, y que copia manuscrita de las mismas, se la había dado a su íntimo amigo el historiador Mariano Felipe Paz Soldán. La copia que había conservado el general Pezet, según sus familiares, se debió perder en el incendio de Chorrillos, después de la batalla de ese nombre, el 11 de enero de 1881, cuando las llamas destruyeron la señorial vivienda del general.

Jorge Basadre, nuestro ilustre historiador, en su brillante estudio que sirve de prólogo a las *Memorias* del General José Rufino Echenique, al hacer el recuento de los Presidentes del Perú que escribieron sus *Memorias*, y la lista es sumamente corta, no menciona el nombre del general Pezet², pero, después de paciente y acuciosa búsqueda, pudo precisar que entre los documentos de la llamada "Colección Corbacho" existió una versión de ellas, que Jorge Corbacho debió sacar del Perú, junto con el grueso de sus mal habidos papeles, hacia el año 1919³. Todas las diligencias que hemos hecho para encontrar las *Memorias* del general Pezet nos han resultado infructuosas —excepción hecha del fragmento que damos a publicidad— pues no se hallan entre los documentos de la Colección Paz Soldán de la Biblioteca Nacional de Lima y, finalmente, tampoco, entre lo que resta de la "Colección Corbacho" en Nueva York —la que como es sabido fue vendida innúmeras veces en lotes parciales a través de más de 30 años, pues nuestro amigo y distinguido bibliógrafo Erich Klein nos mostró el último catálogo e inventario de dicha Colección, que le habían enviado de esa ciudad, y en él no aparecían las *Memorias* ni nada que pudiese hacer colegir que lo fueran. ¡Ojala! que alguien más experto y con más suerte que nosotros las pueda rescatar para nuestra Historia.

El general Juan Antonio Pezet (1810-1879), fue hijo del doctor José Pezet, reputado médico y escritor de origen francés, que tuvo destacada figuración entre los patriotas de los años iniciales de nuestra Independencia. Siendo aún un niño, seguramente influenciado por las ideas que profesaba su padre, se fugó de su hogar para presentarse en 1821 al general José de San Martín, que tenía su cuartel general en Huaura. Ingresó al servicio como cadete del Batallón N° 7 de Buenos Aires. Su actuación política y militar fue sumamente larga, habiendo alcanzado las más altas posiciones tanto en una como en otra actividad. Fue de los personajes más allegados al Presidente Castilla, habiendo sido su Ministro y Jefe de Estado Mayor durante la Campaña del Ecuador, que dicho Presidente en persona comendase.

Al dejar el Mando Supremo el Mariscal Castilla en octubre de 1862, quedó como Presidente de la República el Mariscal Miguel de San Román y como primer Vicepresidente el general Pezet. Debemos indicar que ambas candidaturas habían sido abiertamente apoyadas por el Presidente Castilla. La prematura muerte del Presidente San Román, tuvo como consecuencia que, tras un breve interinato del 2º Vicepresidente, general Pedro Diez Canseco, el general Pezet asumiese la primera magistratura de la República el 5 de agosto de 1863.

Meses después, en marzo de 1864, se inició el conflicto peruano-español que culminó con la victoria del Perú del 2 de mayo de 1866. Las primeras fases de dicha disputa las tuvo que afrontar el Perú desarmado e incapacitado para oponerse a la poderosa escuadra que había enviado

el gobierno español a nuestras costas. La actitud que asumió el Presidente Pezet fue dilatoria, usando suma cautela y teniendo que aceptar inevitables contemporizaciones, única posibilidad de ganar tiempo y así poder adquirir los indispensables armamentos. El patriotismo de nuestro pueblo se sintió herido en tal situación y con injusticia, pero explicablemente, se sublevó contra Pezet, produciéndose su caída (6 de noviembre de 1865).

Quizá si el jefe de la oposición contra la política dilatoria de Pezet, fuese el Mariscal Ramón Castilla, cuya impaciencia patriótica, posiblemente exacerbada por sus avanzados años, no pudo comprender la necesidad en que se encontraba Pezet de ir dando largas a los españoles para evitar una total derrota al Perú desarmado y solo. Para Pezet el tiempo fue factor importantísimo, que le permitió conseguir que otros países americanos se nos aliasen —a lo que habían estado muy reluctantes— y obtener los armamentos que junto con el heroísmo peruano hicieron posible el triunfo del 2 de mayo de 1866, bajo el comando de su sucesor, el coronel Mariano Ignacio Prado.

Con la sumaria relación que hemos hecho, casi ocioso parece decir que la amistad y simpatía que por muchos años vincularon a don Ramón Castilla con Pezet, se tornaron en ardiente enemistad y vehemente antipatía. Estas se reflejan en el fragmento de la *Memorias* del general Pezet que hoy tenemos la oportunidad de dar a conocer.

Vamos a cerrar estas brevísimas e incompletas noticias biográficas de don Juan Antonio Pezet con el juicio que esos acontecimientos merecieron al ilustre historiador británico Sir Clements R. Markham, gran amigo del Perú, quien dice: "Pezet tenía un ejército espléndidamente bien equipado y pudo con bastante facilidad haber deshecho las huestes revolucionarias [*comandadas por el coronel Prado*]; pero comprendiendo "que se había dado mala interpretación a su conducta y que la opinión "pública le era adversa, siguió el patriótico ejemplo dado por Echenique "en Maquinguayo y por Vidal en 1843. A fin de evitarle a su Patria una "guerra civil, espontáneamente renunció el puesto el 6 de noviembre de "1865, y se retiró a uno de los buques de guerra ingleses que se hallaban "en la bahía del Callao, en el cual se dirigió a Inglaterra. Regresó en "1871, caundo ya se había calmado la preparación que había contra él y "se retiró a Chorrillos, rehusando siempre volver a ocupar puesto público "alguno. Cuando la guerra con Chile era inminente, el General Prado, su "antiguo contendor, dijo a sus ministros que, el más a propósito para to- "mar el mando en Jefe del Ejército era el General Pezet. Murió en 1879, "universalmente sentido. Con su muerte se olvidaron pasados rencores, y "el mismo General Prado fue uno de los que arrastrara el duelo en sus "funerales" ⁴.

D. José Antonio de Lavalle y Arias de Saavedra, que fue el último Ministro Plenipotenciario del Perú en Chile en el año de 1879, o sea que

debió estar personalmente bien informado de cuanto sucedió en esos días, ratificando lo dicho por Markham, escribió: "Dícese que cuando "a éste [el general Pezet], ya moribundo, se le propuso por el Ministro "don M.F. Paz Soldán, en nombre del Presidente [Prado], ese importante puesto" de General en Jefe del Ejército Peruano; el general Pezet se negó, indicando, se le dijese al Presidente que, ya era un hombre muerto ⁵.

Las acotaciones que hemos hecho de dos testimonios tan calificados nos relevan de emitir nuestro propio juicio sobre la conducta del general Pezet durante el conflicto con España, cuando quien lo depusiese de la Presidencia de la República en 1865, Presidente a su vez en 1879, debió juzgarlo plenamente capacitado por sus dotes y por su patriotismo para comandar el Ejército Nacional que se preparaba para una guerra internacional que se veía inminente, o sea, que mal se puede insinuar cualquier mancha que pueda afectar la memoria de quien desde su niñez con San Martín, hasta su muerte a edad avanzada, dedicó su vida con devota abnegación al servicio de su Patria.

Diversos indicios nos hacen suponer que el general Pezet empezó a escribir sus *Memoris* en Europa, por ejemplo, el lector podrá observar que en los largos párrafos que se publican sólo hay dos fechas puntualizadas, cuando Pezet estando en Lima, pudo revisar el periódico oficial *El Peruano* de la época, o la colección del *Boletín del Ejército*, publicado con ocasión de la Campaña del Ecuador, fuera de una copiosa documentación que debió poseer, y así le hubiera sido muy fácil ir precisando fechas; lo que no le debió ser posible en Inglaterra, pues cuando se embarcó en noviembre de 1865, refugiándose en un barco de guerra británico, no pudo llevar consigo sino los elementos más indispensables, entre los que debió contarse cierta documentación referente al conflicto con España. Sobre ese conflicto, después de refrenar su impaciencia, seguramente en aras de no presentar ante los extranjeros el triste espectáculo de discordias internas simultáneas a la guerra con el enemigo exterior, publicó en 1867 la *Exposición del general don Juan Antonio Pezet Ex-Presidente del Perú* ⁶ y debió auspiciar la aparición del libro *La administración del general don Juan Antonio Pezet en la República del Perú*, también en el mismo año de 1867, en la misma imprenta parisiense donde se imprimió su citada *Exposición* ⁷. Autor de esta última obra, según Gabriel René-Moreno, fue el político y escritor colombiano don Vicente Cárdenas ⁸. Seguramente en esos años, los primeros de un largo estracismo, estando aún vivo el Gran Mariscal Castilla, éste debió zaherirle con la vehemencia característica del insigne tarapaqueño, y así se debió enconar la odiosidad de Pezet contra quien había sido su jefe y su amigo. No obstante, este apasionamiento no llevó a Pezet hasta el extremo de la calumnia, pero sí, podríamos decir, que con ensañamiento apasionado recargó los colores negativos verdaderos, escureciéndolos más

allá de lo justo, para presentarnos un retrato deliberadamente deformado de Castillo.

Por varios años hemos dudado ante la publicación que hoy hacemos, pero nuestra decisión, debidamente madurada, nos lleva a efectuarla porque es la deposición de testigo calificadísimo, y por eso, precisando aquí que, si es cierto que su apasionamiento lo hace injusto, a pesar de todo, usando las *Memorias* con la debida prevención, tendremos noticias interesantes para nuestra Historia y aun para el mejor conocimiento de don Ramón Castilla, cuya prócera personalidad, humana no obstante su grandeza, tuvo que tener junto con sus épicas virtudes algunos defectos, que lejos de empequeñecerlo al provocar el correspondiente claro-oscuro, nos lo hace aparecer más grande y más cercano a la casta de los hombres.

Don Ramón Castilla, el gran representativo de nuestro siglo XIX, tuvo que ser un producto de nuestro Perú naciente, en él que mucho se improvisaba, pues así tenía que ser. El genio de Castilla le dió una visión intuitiva pero cabal de nuestra realidad, que fue para muchos incomprensible y, por eso, cuando, el ilustre hombre se vió en la necesidad de crear soluciones para problemas que enfrentaba, muchos pensaron que eran fruto de la impremeditación, cuando a la verdad lo eran de su genial inteligencia, que respondía a una velocidad para muy pocos concebible y, por lo tanto, incomprensible.

Muchos de sus contemporáneos quedaron desconcertados al ver que Castilla no explotaba el triunfo peruano en el Ecuador, olvidando el americanismo de Castilla, quien antes de iniciar la campaña, lanzó una proclama, en Lima el 28 de setiembre de 1859, que se puede sintetizar en unas felices frases de la misma: "...iremos pues, a hacernos justicia por nuestras propias manos, si los mandatarios del Ecuador rehusaren aún la amistad que les brindamos, en cambio únicamente, de palabras y actos de justicia... que no es a los pueblos amigos y hermanos nuestros, a quienes habréis de hacer la guerra..."⁹ y dicha proclama, que no contenía palabras vanas, fue un programa que Castilla supo cumplir de acuerdo con nuestras mejores tradiciones, quizá si algo románticas, pero no carentes de gran generosidad y de un hondo legalismo.

Como antes dijimos, existe la tradición familiar entre los descendientes del general Pezet, confirmadas por su nieto Guillermo Pezet Miró Quesada, que el general Pezet había entregado una copia de sus *Memorias* a su íntimo amigo el historiador y bibliógrafo Mariano Felipe Paz Soldán, cuya vinculación registra la Historia. El que la muy valiosa Colección Paz Soldán exista en nuestra Biblioteca Nacional, no implica que todos los papeles del eminente historiador pasasen a ese repositorio pues parte de ellos quedarón con su hijo el doctor Carlos Paz Soldán, pues solo así pudo, con devoción filial y verdadera capacidad, muerto

su padre, tomar a su cargo los borradores incompletas, preparados por aquel, y dar a las prensas el tomo de la *Historia del Perú Independiente (1835-1839)*, Buenos Aires, 1888, ratificando sus condiciones de historiador que ya las había mostrado, cuando, al lado de su padre, editó la valiosa *Revista Peruana*, que interrumpió nuestra guerra con Chile.

Esa vocación familiar, años después, llevó al Dr. Luis Felipe Paz Soldán a culminar una obra similar con otros borradores incompletos de su ilustre abuelo, publicando la *Historia del Perú Independiente Tercer período (1827-1833)*, Lima, 1929.

El hecho que tres miembros de la familia Paz Soldán, en honrosa sucesión, se hayan dedicado a los estudios históricos, disponiendo de documentación del acervo familiar, hace muy difícil poder precisar cual fue el autor de la biografía que contiene el fragmento que glosamos de las *Memorias* del general Pezet. A mayor abundamiento, debemos recordar que aun la paternidad de la célebre biografía de *Ramón Castilla*, publicada en el primer tomo de la *Revista Peruana*, se atribuye por unos a don Mariano Felipe y por otros a don Carlos.

La Parte de la *Memorias* que editamos muestra al soldado caballeresco y culto que fue Pezet —sin que esto implique que pretendamos clasificarlo en la condición de erudito o académico—, quien con sencillas castrense y en un estilo directo trata de relatar hechos que el conoció muy de cerca o en los que actuó. Su excepcional posición en la Campaña del Ecuador, nos da la posibilidad de conocer importantes aspectos y circunstancias que en otra forma no podría habernos llegado.

La anécdota del encuentro de Castilla con el Vicepresidente, Dr. del Mar, y sus Ministror, a su vuelta de la Campaña, nos pinta al profundo conocedor de hombres que fue Castilla y la admiración que sentía por él Pezet, la que no obstante su apasionada odiosidad surge cuando dice: “Yo sudaba y temía por momentos que aquello acabara en “una trifulca, pero el General Castilla conocía mucho a toda esa gen-“te...” (*Infra* pág.).

Es reconfortante pensar en el viejo militar a quien su avanzada edad lo mantiene retirado de la vida activa, pero no obstante, ya sea exilado en la remota Inglaterra o en la paz de su residencia chorrillana, lejos de dedicarse al ocio estéril o a contentarse con desfogar su impotencia, trabajó en sus *Memorias* para noticiar a la posteridad hechos de los hombres que forjaron la República, aclarando aspectos para que no hubiesen dudas que pudiesen dañar con el correr de los años su reputación y honra, tan respetadas por sus contemporáneos¹⁰.

Para nosotros que hemos intervenido en la publicación de las *Memorias* de otros dos gobernantes del Perú, el Virrey Pezuela y el Presidente Echenique, nos es particularmente emocionante dar a las prensas este fragmento de las *Memorias* del Presidente Pezet, que arroja nuevas luces sobre la personalidad de otro Presidente, don Ramón Castilla,

no obstante no ser esa la intención del autor, y por ser un testimonio que confirma, una vez más, nuestra irreversible vocación legalista y enemiga de la conquista territorial en agravio de pueblos hermanos, pues la expedición peruana bien pudo haber permanecido en el Ecuador y arrancar con su fuerza un tratado a nuestro antojo o pudo dar base para intrigar con caudillos en plena guerra civil, en busca de fáciles medros. Mas nada de esto quizo Castilla, quien sólo buscaba la satisfacción del honor nacional y, obtenida esta, nuestras tropas se retiraron de aquellas tierras, bandecidas por los guayaquileños, con quienes el gran Mariscal peruano supo mostrarse magnánimo en su incruento triunfo.

Otro personaje americano aparece fugasmente en el fragmento, es el discutido caudillo García Moreno (*infra*, pág.). Se dan noticias sobre las intrigas en el campamento peruano; así como también de las actividades de Pezet como jefe del Estado Mayor y como diplomático. Los vínculos de Guayaquil con el Perú se muestran en la invitación que le hace a Pezet una hermana del general José de la Mar (*infra*, pág.).

Ojalá que esta publicación que hacemos de un fragmento de las *Memorias del general Juan Antonio Pezet* sirva de estímulo a otros investigadores, que con más suerte o más técnica puedan ubicarlas. Mientras tanto, la parte que va a conocer el lector es en si interesante y la creemos valiosa para nuestra Historia.

Félix Deneñri Luna

NOTAS

1. Véase Evaristo San Cristóval, *Grandeza y esplendor de Chorrillos*, Lima, 1949, pág. 126.
2. Véase *Prólogo a las Memorias para la Historia del Perú (1808-1878)* del general José Rufino Echenique, en *Ibidem*, Tomo I, Lima, 1952.
3. Véase Jorge Basadre, *Historia de la República del Perú* (Quinta edición), Tomo IX, Lima, 1964. pág. 4472-4473.
4. Clements R. Markham, *Historia de la República del Perú*, Versión castellana de Juan de D. Benitez, Lima, 1895. pág. 238-239.
5. José Antonio de Lavalle, *Galería de retratos de Gobernantes del Perú Independiente (1821-1871)*, Barcelona, 1909. pág. 100.
6. Se imprimió en París, Imprenta Parisiense L. Berger y Com., Boulevard Bonne-Nouvelle, 26 (5, impasse des Fies-Dieu), 1867.
7. París, Imprenta Parisiense Cuyot y Seribe, Boulevard Bonne-Nouvella, 26 5, impasse des Fies-Dieu), 1867. Debe indicarse que si hay una variante en el nombre de la imprenta, la dirección es exactamente la misma y el nombre de Imprenta el mismo, cambiando el nombre de los dueños. Los tipos, los papeles y la impresión son idénticos y es por eso que hemos hecho la afirmación

8. Véase Gabriel René-Moreno, **Biblioteca Peruana-Apuntes para un catálogo de impresos** Tomo I, Santiago de Chile, 1896, pág. 3; ficha 11.

9. Ramón Castilla, **El Presidente de la República al Ejército y Armada Nacional**, Lima, 28 de setiembre de 1859, en **El Peruano**, Tomo 37. N° 22. Lima; 28 de setiembre de 1859, sin foliar y en **República del Perú — Boletín del Ejército**, Cuartel General en Paita, 12 de octubre de 1859, primera página sin foliar, col. 1ra. Este **Boletín** cuya colección existe en la Biblioteca Nacional de Lima y que originalmente perteneció al general Juan Antonio Pezet, ha sido reproducido facsimilarmente en **Dos documentos sobre Castilla**, Lima, 1953.

10. Véase Evaristo San Cristóval, **passim Op.cit.**, particularmente ver págs. 125-126.

ADVERTENCIA

Como antes hemos señalado el fragmento de las **Memorias** del General Pezet que se publicó, lo hemos tomado de las transcripciones que don Mariano Felipe o don Carlos Paz Soldán hicieron de una parte de dichas **Memorias** en una biografía del Mariscal Castilla que uno de ellos redactó, titulándola **Ramón Castilla**, la misma que hasta donde sabemos nunca fue publicada.

Que la tradición familiar de los Pezet nos dice de tres hechos que nos afirman en la seriedad de nuestra suposición, 1° Que el General Pezet escribió sus **Memorias** estando deportado en la Gran Bretaña; 2° Que el General Pezet era muy amigo de don Mariano Felipe Paz Soldán, al extremo de haber estado alojado en la casa de éste; y 3° que una copia de dicha **Memoria** dio su autor a su amigo el historiador Mariano Felipe Paz Soldán.

Que el texto que publicamos es reproducción fiel del contenido en la vieja copia mecanográfica que obra en nuestro poder, pero teniendo en consideración fallas muy explicables de mecanografía, no sólo existentes en el fragmento de las **Memorias** sino en otros lugares de la biografía de D. Ramón Castilla, nos hemos permitido rectificarlos, así como también hemos resuelto abreviaturas, corregido y modernizado la ortografía y la puntuación.

Finalmente debemos puntualizar que para la mejor comprensión del lector hemos interpelado algunas letras, palabras y, a veces, hasta frases, pero siempre entre corchetes para que dichos agregados sean inmediata y fácilmente precisados.

Fragmento de las Memorias

*A raíz de estos acontecimientos, la paz se restablece en la República, sin otra variante que la guerra al Ecuador, que representó para Castilla un paseo triunfal a Guayaquil. Dejamos la palabra al General Pezet, cuyas memorias conservamos inéditas.** “Dejando a los pueblos en tarea electoral, se pensó en la salida del ejército al Ecuador, puesto el Presidente a su cabeza y dejando el mando al Vice-Presidente Mar:

S.E. me preguntó, si como le había ofrecido al principio, le acompañaba a la campaña; yo le repetí que no tenía embarazo y que estaba a sus órdenes, entonces se me nombró Jefe del Estado Mayor General del Ejército y vino al Ministerio el Sr. General Freire.

Quedó el Ministerio realizado del modo siguiente: en Relaciones Exteriores el Sr. Carpio; en Hacienda el Sr. Salcedo; en Justicia el Sr. Melgar y en Guerra el Sr. Freire. El Sr. Morales fue nombrado Secretario General de S.E. y el Sr. Carpio se hizo a la vez cargo de la cartera del Interior que este despachaba. Hecho este arreglo el 28 de setiembre, recibió el mando el Vice-Presidente, y el 29 a las 5 de la tarde, después de una visita que tuvo lugar en Bellavista, se encontraba embarcado en el puerto del Callao, con los transportes que debían conducirle. El ejército completo de seis mil hombres de todas armas. El Presidente se embarcó solo en el vapor “Tumbes”, en el transporte “Huarás”, que iba a mayor fuerza, me embarqué yo, después de arreglar con Su Excelencia a bordo del “Tumbes” la salida del convoy. Tuve orden de dirigirnos todos a Paita y esperar en aquella bahía las nuevas que se me impartieran. S.E. me dijo que la expedición zarpase si estaba lista, como en efecto se hallaba, que él, solo en el “Tumbes” y de incógnito, pensaba dirigirse al río de Guayaquil, donde hablaría con nuestro Almirante Mariátegui, tomaría informes que necesitaba y regresaría a Paita; que cuando yo arribase a aquél puerto me encontraría con él de regreso de Guayaquil, o con órdenes de lo que yo debía hacer. Después de cuatro días de feliz viaje, llegó el convoy a Paita y aún no había regresado el “Tumbes” de Guayaquil, di orden de que nadie bajara a tierra para que todo estuviera listo, bien para seguir la expedición hasta el río [Guayas], bien para desembarcar, si así se disponía.

Al anochecer del mismo día se dejó ver el “Tumbes”, que de regreso entraba al puerto, pasé en el acto [a] bordo, dí a S.E parte del feliz arribo de toda la expedición y pedí sus órdenes, que me las impartió para que se [des]embarcara su fuerza. Hícele presente que Paita no tenía agua para tanto número de hombres, que si desembarcábamos la que había a bordo, nos haría falta para seguir la expedición; que si no había variado de plan respecto de llevar el ejército al Ecuador, por el río de

*) Estas frases en cursiva son parte de la biografía de Castilla escrita por uno de los Paz Soldán, siguiendo el fragmento de las Memorias.

Guayaquil no creía necesario el desembarco y detención en Paita, donde también nos veríamos faltos de recursos, pues no habían hecho prevenir con anticipación nada; que si su opinión era penetrar por Cuenca con alguna división, sería bien que esas solas fuerzas desembarcaran, conservando embarcadas las que debían seguir por el río. A todas estas indicaciones recibí por contestación, la orden de desembarcar las fuerzas todas, que no se movieran los transportes ni se dispusieran de sus raciones y aguadas, porque después de cuatro o seis días se reembarcaría el ejército y seguiría la expedición hasta Guayaquil; que entonces se vería como proveernos de agua y víveres; que no pensaba incursionar por Cuenca; que lo que importaba y era fácil de hacer era tener la plaza de Guayaquil; que su viaje en el "Tumbes" había sido oportunísimo; que el tal Franco, jefe de la plaza de Guayaquil, era un pobre montuvio que tendría que echarse en sus brazos y rogarle su auxilio.

El Sr. García Moreno, se encontraba a la sazón en Paita, y como había sido auxiliado por el General Castilla, él se suponía que esta gran expedición y todos los elementos que veía, le servirían de apoyo para el triunfo de su causa. García tenía gran partido en el interior de la República [del Ecuador], pero una mayoría de la ciudad de Guayaquil, no lo quería. García confiaba en el General Castilla, era su constante visitador en esos días. En cumplimiento de las órdenes recibidas, puse el ejército en tierra y pocas horas después se dejó sentir la sed y toda clase de necesidades; para satisfacer las naturales que sobrevinieran fue preciso sacarlo de allí precipitadamente sobre La Huaca, lugar bañado por el río de la Chira, de bastante agua pero escaso de recursos de víveres, si es que con anticipación no se piden a Piura y demás lugares inmediatos. Salió, pues, el ejército y los jefes y oficiales hicieron esa marcha a pie, pues los pocos caballos que se consiguieron en el pueblo los ocuparon los generales. Se pidieron recursos a todas las provincias y tres días después, no con pequeños inconvenientes, por las razones expuestas, todo el ejército estaba en La Huaca, recibiendo los auxilios pedidos. Más demoramos en esta pascana, pero no se perdió tiempo, pues el ejército recibió una organización por divisiones y se ocupó en ejercicios generales.

Pocos días antes de volver sobre Paita, tuvo lugar otra parada en la que presenté el ejército a S. E. y lo hice maniobrar en su presencia; manifestó su disciplina e hizo conocer su entusiasmo para la campaña. Recibí la orden para el reembarco, que tuvo lugar en los mismos buques que salieron del Callao. Dejamos en La Huaca a nuestro hospital y un cuerpo de depósitos, mientras el ejército se reembarcaba, operación que duró más de veinticuatro horas a consecuencia de las pocas embarcaciones menores y del pequeño muelle por donde tenía que hacerse. Yo me acerqué a S. E. para que me impartiese sus órdenes, pues las anteriores y difíciles operaciones que debían seguir a nuestra salida de Paita, requerían conocer su plan y el modo cómo debíamos obrar. Dije al Presidente que

yo no conocía el río ni tampoco la plaza de Guayaquil, que sin duda nuestro Almirante tendría algún plan del primero, y de la plaza un conocimiento de todas sus obras de defensa; que era preciso tener todo esto a la vista y con arreglo a ellas y al plan que se propusiese, sería bien, que me impartiese sus terminantes ordenes antes de zarpar al convoy; que supuesto el número de [gentes] que llevábamos, lo empachado que iban los buques y la estación de calores que se dejaban sentir, yo opinaba por el pronto desembarco de nuestras fuerzas tan luego que llegásemos y sin dejar lugar a los enemigos al mismo proyecto de defensa; que suponía que jamás había amenazado al pobre Guayaquil, una escuadra tan formidable y un ejército tan fuerte; los buques de guerra eran doce, entre los cuales se encontraban las dos hermosas fragatas "Amazonas" y "A-purímac". Por contestación a todo esto, recibí sólo la siguiente orden: "Que todos hagan rumbo a Guayaquil, ya puestas en el río y al lado de nuestra respetable escuadra, verá Ud. que poco tenemos que hacer; yo acabo de ver aquello y no hay cuidado".

Conocí que el General no llevaba plan, que no sabía que haría al llegar. Todo lo esperaba como en sus campañas del Perú, del acaso y que los sucesos le fuesen favorables, sin contar que el espíritu del partido que la guerra civil le había favorecido siempre, sin su esfuerzo, no lo encontraría en una guerra extranjera y de invasión. Yo suponía que las entrevistas con García Moreno, eran todo un plan y que apoyado en la protección que deseaba ese hombre y su partido era su ciega esperanza, pero cuál sería mi sorpresa cuando en el momento de zarpar la expedición, estando sobre cubierta en la fragata "Amazonas", me dijo el señor Morales: "El General Castilla acaba de romper con García Moreno, y éste se marcha a tierra echando chispas". Entré en el momento a la cámara y pregunté al General si el Señor García Moreno iba en la expedición, o nos entendíamos con él o sus partidarios, y me dijo: "Acabo de mandar con viento fresco a ese pieza, quiere gollerías y hacernos sus maniqués; tiene muchas venganzas que ejercer y pensará este beato que nos prestamos a ser sus verdugos". Yo le dije que podía sernos útil el hombre, que yo me encargaría de verlo y volver a reanudar las relaciones con él; que los momentos eran apremiantes para desechar a un hombre y un partido que hacía tiempo él venía protegiendo; que las fuertes sumas de dinero y artículos de guerra que se habían dado, elevándose él al mando no quedarían perdidos para el Perú. etc. etc." "No importa que se nos separe —me dijo— tal vez nos es mejor, déjelo Ud., él puede volver sin que Ud. lo busque. Y si no vuelve, nada hemos perdido". Yo comprendía con todas estas contestaciones, que el pleito fue calculado y que tal vez [era] castigo de acuerdo con los de Guayaquil que eran enemigos de García Moreno; no tendría embarazo su desembarco y de aquí vendría su confianza en ocupar esa plaza.

El convoy se hizo a la vela, y al día siguiente ya empezaron a llegar

los transportes al río y poner todas las fuerzas de manifiesto a las plazas [(sic)]. La fragata "Plaza", en la cual iban mil hombres, se varó antes de llegar a Guayaquil, dos días permaneció en ese estado y fue preciso trasbordar la tropa a otro buque, y no pequeños esfuerzos de sus marinos, para salvar el transporte y que no ocurriese ninguna novedad.

En cuanto llegó la expedición y recibí todos los partes de no haber ocurrido ninguna novedad, pasé a darlo a S.E. y a pedir órdenes no recibí ninguna y ya llevábamos cuatro días de detención sin operación ninguna, los víveres en algunos transportes empezaban a escasear y las enfermedades aumentaban. Pedí permiso para explorar el río con una compañía que embarcaría en un par de lanchas con un cañón, y reconocer las orillas del fácil desembarco y los recursos con que podíamos contar. Obtenido el permiso emprendí mi navegación, río arriba, y fui a desembarcar en un lugar llamado Buijo. Puse la tropa en tierra para que refrescase en este sitio que sólo encontré con un hombre, que en otro tiempo había militado en el ejército del Perú, llamado Campusano. Me informó, que de orden del Gobierno se habían retirado los hombres y los recursos, que aquel pueblo, como todos los de la orilla del río, estaban solos, que allí no habían sino una que otra mujer y la señora hermana del General La Mar. Pregunté por la casa de esta señora, y cuando me encaminaba allá, porque estaba a la vista, recibí a una criada que me invitaba de parte de la señora para almorzar.

Fui a la casa, dí las gracias a la señora, admití su agasajo, pero le dije si podía mandar el almuerzo a bordo de la lancha, se lo agradecería. Mas la señora, no sólo accedió con su bondad, sino que aprobó mi precaución y me dijo: "Yo temo por este agasajo que he hecho a Ud. pues no puede Ud. figurarse, cómo está esta gente de entusiasta contra la invasión y ciertamente que si la política de Uds. no se activa con más franqueza será mal para todos y temo que sin provecho para Uds". Esta es una de las principales señoras de Guayaquil. Después de nuestro almuerzo, con las precauciones debidas y haber hecho comprar algo para la tropa, que hice pagarlo con generosidad y en muy buena moneda, lo que agradó mucho a los vecinos, no obstante la odiosidad contra sus invasores. Recorrimos el lugar hasta donde era prudente hacerlo y con el conocimiento de él, y los datos que adquirimos, nos pusimos en marcha para la escuadra de la cual estábamos a cinco o seis leguas de distancia. Una de las cosas más apremiantes para nosotros era poner en tierra nuestros caballos que pasaban de quinientos, esto es, los pertenecientes a mi regimiento de caballería, a nuestra artillería y a nuestros principales jefes; con este motivo reconocí un sitio llamado Barranco Blanco que tenía el fondo necesario para permitir que atracase el transporte que conducía la caballada, que no era pequeña. Di parte de todo esto el Presidente y le dije que había que resolverse a algo, antes que continuar como nos encontrábamos, y entonces me dijo: "Mañana veremos esos lugares que Ud. ha reconocido y [se] resolverá". En esta noche, vinieron a tierra tres comi-

sionados [que] el General Franco mandó al Presidente con la misión siguiente: "Que la población estaba llena consternación de ver al frente tanto número de naves amenazantes y preñadas de tropa, que jamás una escuadra más poderosa había tenido Guayaquil a su frente como enemiga; pero que no obstante, [por] su amor a la independencia de su patria, que ardía en entusiasmo, preferirían antes perecer por la formidable fuerza de todo ese aparato bélico, que pasar por la humillación de entregarse a discreción de las fuerzas peruanas que según se suponía, era lo que el General Castilla pretendía, que si el Gobierno Peruano tenía algo justo que demandar ante el Ecuador, éste estaba pronto a satisfacerlo, pero sin la presión de la fuerza y que el General Franco los mandaba para proponer al General Castilla que se retirase con toda su fuerza y escuadra fuera del río, a la Puna y desde allí hiciesen los reclamos que quisiese y le serían contestados". El General Castilla recibió a esta comisión en la cámara de la fragata "Amazonas", y [en] presencia de su inmediata comitiva contestó poco, a todas las razones con que acompañaron su misión; pero fue preciso [en] una anotación, dijo: "Que tiempo hacía que el Perú por la vía diplomática, venía pidiendo al Ecuador la justicia que le negaba de los amontonados cargos que contra él teníamos, no habiéndolo alcanzado, a la República le había sido necesario y se le había obligado a emplear la fuerza como última razón, a que las naciones apelan cuando no se les hace justicia", que el no podía retroceder del lugar en que se encontraba y si el General Franco quería oírlo, para satisfacer los cargos que traía en demanda, podía desde luego indicarlo, bajo la inteligencia, que "el ejército tomaría tierra muy pronto; porque no podía permanecer a bordo por más tiempo".

La comisión se retiró y yo recibí orden para poner el día siguiente al ejército en tierra, en los lugares que había examinado y desembarcar la caballada por el sitio de Barranco Blanco. Al amanecer del día siguiente, el ejército todo, en embarcaciones menores y convoyado con lanchas cañoneras hacía su desembarque en la Matanza, Torres y Barranco Blanco. A las 3 de la tarde dí parte a S.E. que todo el ejército estaba en tierra, pero en mi concepto, bien para la refresco por pocos momentos pero muy mal situado si teníamos que operar sobre la población de Guayaquil, que para tal caso, lo mejor que había reconocido era la hacienda de Mapasingue, para la cual teníamos que atravesar un brazo del río llamado Daule, que era angosto. Pero teniendo, como teníamos, muchas embarcaciones menores y nuestras cañoneras, la operación se podía hacer con rapidez y sin riesgo. En Guayaquil hubo su alboroto por nuestras operaciones militares; la comisión volvió a ver al General Castilla y éste convino con ella que las tropas permanecerían en los lugares donde habían desembarcado y la escuadra en su fondeadero que teníamos, mientras se celebrase una exposición preliminar para un tratado definitivo. Con este motivo, el General Castilla me nombró y al Señor Dr.

Manuel Morales, para tal exposición. Y el señor General Franco nombró a los Sres. generales Villamil y Boderó, las conferencias de esta comisión podían ser o a bordo de la fragata o en tierra. El primer día la tuvimos a bordo y sólo se pasó de cambiarnos los poderes que se encontrasen corrientes y fijar el día siguiente para en tierra ocuparnos de la exposición.

Las tropas nuestras, ya desembarcadas y nuestra caballería ya en tierra refrescada bien y nuestros pesos, buenos y [de] buena ley, hicieron venir a nosotros los especuladores que hacían abundar en víveres y recursos nuestros campamentos. Como dominábamos el río, ellos estaban seguros de su especulación y como no hacíamos objeciones a los fabulosos precios, todo por encargo del Presidente, porque entraba en su plan derramar el oro y la plata, como lo dijo, el ejército no careció de nada. El tiempo, aunque ya de aguas se había atrazado y podía vivaquearse, pero era de temerse que empezaran las lluvias, porque en aquellos lugares desde los primeros aguaceros el campo se inunda de tal suerte, que no puede estarse a raso.

Me ocupaba en la plaza de Guayaquil, en discutir con la comisión los artículos de la exposición que después se publicó, y el General Castilla, que había también examinado la hacienda de Mapasingue, creyó que el ejército estaría mejor situado en ese lugar, y sin hacer caso que había ofrecido no mover las fuerzas de los lugares en que estaban, situó todo el ejército en Mapasingue, haciendo pasar el río con la velocidad que requería el movimiento. El pueblo de Guayaquil se alborotó y yo mismo fui sorprendido, pues no sabía que el General Castilla se hubiese determinado a ocupar esa población y mucho menos mientras [*se realizaban*] las conferencias. Nuestros socios los generales [*José María*] Villamil y [*Guillermo*] Boderó, dejaron precipitadamente sus asientos e hicieron conocer que no seguirían conferenciando porque el jefe del ejército peruano faltando a su palabra, había cambiado de campo y en el que había ocupado se manifestaba [*con hechos, que el ejército peruano se preparaba para*] seguir su ataque contra la población. El pueblo hacía corrillos, nuestras personas estaban cercadas por todos los empleados superiores que nos hacían preguntas a mi [*y*] al señor Morales, [*sobre para*] que [*se hacían*] estos movimientos del ejército. Pero yo, que si podía temer algún atentado violento contra nuestras personas, conocía que nuestras formidables fuerzas los pondrían siempre a raya. No temía toda esa actitud y con mucha calma dije a nuestro[s] socio[s] y al mismo General Franco: "Uds. se sobresaltan de nada, el General Castilla no ha movido su ejército de los lugares que tienen, lo habrá reconcentrado en uno de ellos, pero no ha ocupado otro". Se me arguyó que no había tenido fuerzas en Mapasingue, yo les dije que yo mismo, antes de venir a la comisión que desempeñaba, había reconocido ese campo y dejado en él: [*un*] oficial de estado mayor, un ingeniero y alguna tropa. Lo que quería decir, que este lugar era ocupado por el ejército y que, reconcentrando en él, el General Castilla la

fuerza, no había faltado a las palabras comprometidas. En el pueblo corría la noticia de que los peruanos avanzaban y como yo no podía persuadirme que el General Castilla emprendiese un ataque estando nosotros en Guayaquil, sin prevenirnos nada, y sin un aviso a la escuadra, aseguré al Gobierno ecuatoriano que no se movería el ejército sobre la plaza, mientras nos ocupásemos del convenio y que el General no había faltado a su palabra con ocupar Mapasingue; todo esto tranquilizó los ánimos en Guayaquil y más que todo, como llevo dicho, que nuestras fuerzas terrestres y marítimas eran [*de tal poderío como para*] imponer [*respeto*] a un pueblo mejor armado y defendido de lo que se encontraba la ciudad de Guayaquil. Continuaron, pues, nuestras conferencias que dieron por resultado la exposición que corre publicada, y después, y a consecuencia de ella, el célebre Tratado de Mapasingue, ratificado, canjeado y aprobado por el General Castilla, que más tarde, desaprobaron los congresos del Perú y del Ecuador.

Mientras yo estuve ausente del ejército, el General Castilla tuvo que hacerlo todo en él, con este motivo, su contacto con los generales de las divisiones, los jefes de los cuerpos y el Estado mayor, se hizo más inmediato; y sea por su mal genio, porque este General no conoce el mecanismo militar o porque ciertas sugerencias de Lima habían encontrado acogida, lo cierto es que el ejército estaba descontento con su jefe y casi debía estallar una revolución. Se hablaba de haber perdido tiempo, de estar procurando tratar cuando teníamos un ejército y una escuadra para imponer y arrancar una gloria fácil; que se pernoctaba al raso, [*teniendo al personal*] expuesto a las lluvias que ya venían o los innumerables insectos de que abunda ese país, antes que combatir; que era cobardía. Que el General Castilla estaba loco, pues sus genialidades, sus desvergüenzas a todas horas y con todos, no podía[n] explicarse de otro modo. El General Lavalle haciéndose el enfermo, se habría separado de su división, pero dejaba hundir la desmoralización que el General Buendía protegía y que el General Beingolea deseaba. Durante este tiempo, el partido de García Moreno en Quito, había formado una junta de Gobierno. [*La que,*] en suponiendo a Franco, protegido por las fuerzas peruanas, le llamaban traidor, pero viendo que las tropas peruanas no ocupaban Guayaquil, ni conseguían ventaja alguna, se entendieron oficialmente con Franco, mandándole comisionados, todo lo que influía en contra de nuestra campaña y aumentaba en nuestro campo el descontento y la crítica contra Castilla.

Celebrada la exposición, regresé al campo, donde como he dicho, la moral [*y la*] disciplina estaban perdidas. El General Buendía, vino a hablarme a nombre del ejército y sus proyectos y me presentó una carta contenida en estos términos: "Que atendidos los sacrificios que el país hacía para la guerra actual, a la inacción que el ejército se encontraba, no obstante su preponderancia sobre las fuerzas enemigas; a las ningunas

disposiciones que el General Castilla tomaba para mejorar su situación y vencer. A que el Gobierno de Quito, hoy se manifestaba enemigo, no obstante de que las armas y recursos que tenían eran los que el General Castilla había franqueado al Sr. García Moreno. Que la estación de lluvias empezaba y entonces si el ejército no estaba victorioso y en cuarteles, su pérdida sin disparar un tiro sería inevitable; que el General Castilla por su mal genio, sus continuas desvergüenzas con los generales y los jefes del ejército, se había hecho insoportable y casi se le suponía, por lo más, que había perdido juicio. Que siendo un deber salvar a la República ese ejército, y procurar con él, las glorias que se habían venido a buscar, o las cumplidas satisfacciones con más los gastos de la campaña. Y palpando que el General Castilla por inepticia, por capricho o por locura, lo perdería todo, por unanimidad había [n] resuelto: Primero: *deponer [lo] del mando general y mandarlo [en] uno de los buques de la escuadra al Callao a disposición del Vice-Presidente Mar.* Segundo: que el General Pezet se hiciese cargo del ejército y emprendiese en el acto, las operaciones contra la plaza de Guayaquil por mar y tierra hasta tomarla y conservarla en rehén hasta que el Ecuador nos diera las satisfacciones, que habíamos venido a pedirle, declarando no tener ningún derecho a nuestros territorios del interior, que supone suyos, y nos pagase los gastos de la presente campaña, etc., etc”.

Después de oír al General Buendía todo este plan, de enterarme que en él estaba también la escuadra, puesto [que] el General [Buendía] me dijo, que el Almirante Mariátegui llevaría al Callao al General Castilla, lo que hizo suponer que ya se había tenido un acuerdo con él para el efecto, pedí al General la acta que me presentó y le dije: “*Ni Ud., ni yo, ni el ejército todo, tienen responsabilidad de lo que aquí haga el General Castilla, él es, el que tiene necesidad de contestar a la nación de sus operaciones y de sus políticas.* Por muy buenas razones que tengan los considerandos que Ud. me ha leído, la deliberación nuestra en este sentido es una revolución, y en el extranjero, podía ser que nos trajese los desórdenes del Portete y de Piura en el año 29. No demos, pues, este escándalo y dejemos que el General, buena o mala, siga su política y su campaña. Nosotros conservemos la tropa, cuidemos de ella y obedezcamos, que ese papel que nos toca en la cuestión. Respecto de los malos humores y genialidades del Gral. Castilla, ya no se sufrirá mucho, yo ya no me moveré del ejército y él, tendrá poco contacto con Uds. Hoy debe de empezarse las conferencias entre los ministros para el tratado de que habla la exposición y no dudo de que él se ocupará de cuanto convenga al honor y conveniencia del Perú, contando con la situación que ocupamos y las fuerzas de mar y tierra más que suficientes contestamos imponiendo a este pobre país”. El pobre Buendía me dijo: “*Pués qué contesto a los que han firmado y cómo se supondrán ellos a cubierto, después de este paso, y siempre que el General Castilla*” (sic). Todo tiene remedio, [le dije] si es que este

secreto no es público. El me aseguró que nadie lo penetraba y que estaba seguro que cada jefe lo guardaba en su corazón. "Pues bueno, Ud. puede decirles, que yo ni he visto estas firmas y que por ellos, por el país y por mí, yo no he podido hacer mejor cosa que romper este documento y hechar al fuego estos fragmentos para que no quede de él ni el vestigios. No se habla más de esto General y vamos a cumplir con nuestro deber". Me dió un abrazo el General Buendía y nos separamos.

Nadie me volvió a hablar sobre el particular, sólo el General Mariátegui me dijo un día, quejándose de las genialidades de Castilla: "Cuándo me manda Ud. a ese loco a bordo, que yo me encargaré de llevarlo al Cercado". Pero este dicho fue como una chanza y asimismo la recibí yo; mas, recordé con este motivo que el Almirante estaba en autos del proyecto pasado. Dos fuertes aguaceros caídos en esos días nos hicieron pensar que era imposible permanecer al raso. No obstante que por la exposición estaba estipulado conservar las fuerzas en ese lugar, hasta concluir el tratado de Mapasingue, el General Castilla pasó una nota a Franco, pidiéndole cuarteles en Guayaquil. Al principio Franco y su Gobierno se negaron, pero yo pasé a Guayaquil de parte del General Castilla y le hice conocer la necesidad de tomar cuarteles, que no podíamos conformarnos con una negativa que nos obligaría a hacer uso de la fuerza por lo apremiante de las necesidades. El General Franco y el Gobierno de Guayaquil, tuvieron que consentir en nuestra demanda y el ejército ocupó los cómodos cuarteles [(sic)] en la parte alta de la ciudad, siguiendo mientras tanto las conferencias de los tratados.

El Sr. Morales fue nombrado Ministro [*Plenipotenciario*] para el caso y su Secretario, el señor Dr. D. Nicolás Corpancho. Para entonces la junta de Quito, se declaró completamente contra Franco y recibí orden del General Castilla, de [que] armamento y municiones que se pusieron a su disposición, lo mismo que algunos miles [*de pesos*] de [*nuestra*] comisaría, con que vino a resultar que los dos partidos que se disputaban el poder en el Ecuador, estaban pagados y armados por la República del Perú, y ésta no sacaba ningún provecho de esta lucha. Yo volví a hacer [*presente*] al General [*Castilla*], que si quería que con parte del ejército fuese sobre Quito favoreciendo la causa de Franco, me diese sus órdenes. S. E. no quiso y siguió obrando como lo hacía. Calculando yo, que algo secreto tenía con Franco, que yo no penetraba; lo que no había. Más tarde conocí que el General Castilla, no tenía ni secretos ni plan en la tal campaña.

Mientras esto pasaba en el ejército del Ecuador, el Gobierno de Lima daba serios cuidados al General Castilla, el Vice-Presidente Mar, llamaba al servicio a jefes caídos que el General Castilla no había querido llamar; hizo dar de alta al General Miller, enemigo de Castilla, variaba por amigos suyos las listas que para diputados para Congreso había repartido el General, cuyas elecciones ya estaban concluyéndose. En mu-

chos círculos de amigos del Vice-presidente, se criticaba la campaña del Ecuador y se hablaba de disparates que en ella se hacían y [de] descontento del ejército. De todo esto daba minuciosa cuenta al General Castilla, el Ministro Salcedo, cuyas muchas apreciaciones suyas acusaban a Mar de estar sembrando para cosechar, bien en el próximo congreso que procuraba hacer suyo, bien para una revolución; pues contaba con hechuras propias y con alguna gente de importancia, nombrando entre otros, al General Flores, ecuatoriano.

Cada vez que llegaba la correspondencia de Lima, el General se preocupaba mucho y deseaba volar a esa capital. En una de sus agitacione me dijo: "El Vice-Presidente no se maneja bien, siempre se ha portado lo mismo, es un pobre escribano tísico, pero ambicioso y malo". Yo llegue, entonces, a presumir que tal vez el Señor Mar no era extraño en los proyectos del ejército que supe por el General Buendía y yo destruí; que quizá se había obrado por algún impulso venido de Lima, pues no podía traducirse de otro modo: remitir al General Castilla a disposición del Vice-presidente. Yo puedo haber hecho un juicio temerario, pero esto es lo que se desprende de los hechos, que voy aquí refiriendo.

Fuese que el General Castilla temiese que los trabajos del señor Mar, iban muy adelante, fuese que no se proponía sacar nada de su campaña y que antes temiera permanecer allí, y encontrarse con otras complicaciones, lo cierto es que, cuando menos se esperaba y con la mayor precipitación, me ordenó el reembarque del ejército y dejando, uno o dos de nuestros buques pequeños en el río, nos dirigimos todos al Callao. El General Franco, que a la sombra del ejército peruano y con los recursos que le habíamos dado, había entrado en campaña contra sus enemigos del interior, se asustó con nuestro inesperado regreso y pidió al General Castilla que le dejara una división, pues de su triunfo dependía la seguridad del tratado. El General Castilla le dijo que el tratado estaba concluído, que el Perú lo haría respetar, que él había concluído su misión y que le era satisfactorio haberla llenado sin dar motivo [*a una lucha o guerra sangrienta con el Ecuador*]; que quedarse allí por más tiempo, se entendería que él quería intervenir en sus cosas domésticas y por tanto le era conveniente y oportuno retirarse y no dejarle ni un soldado. Se embarcó, pues, el ejército y el General Franco quedó reducido a sus propios esfuerzos, pero aún recibió orden del General para dejarle más armas, más municiones y que la comisaría le diera más dinero, todo lo que podría calcularse perdido, porque el partido de oposición a Franco, que encabezaba la Junta de Quito, era poderoso y en el mismo Guayaquil, el tal General, no tenía prestigio.

Después de pocos días de feliz navegación, llegamos al Callao y sorprendimos al Gobierno y al país con nuestro regreso, cuando no nos esperaban. Dejamos en el Ecuador, como nuestro Ministro al señor Morales y de su Secretario al señor Corpancho. Tal fue la celebrada campaña del General Castilla al Ecuador. He [de] relatar un solo hecho y des-

pués de conocerle se puede juzgar de ello con exactitud.

Se presentó el Presidente de Lima, trayendo por todos resultados y por laureles el tratado de Mapasingue, que más tarde fue desaprobado por los congresos del Perú y de Quito. Los cuerpos ocuparon sus cuarteles y el Presidente volvió a hacerse cargo del mando de la República. Antes de esto tuvo lugar una escena en el Palacio de la que debo dejar un recuerdo en estos apuntes. El General Castilla, acompañado de su Estado Mayor, fue desde su casa al Palacio, al día siguiente de su llegada al Callao, antes de hacerse cargo del mando se hizo anunciar al Vice-Presidente, como en visita de atención y respeto; éste acompañado de sus ministros, recibió en audiencia pública al Presidente, quien le dijo: "Tengo el gusto de anunciar al Gobierno, que el ejército después de haber llenado cumplidamente la misión que lo llevó al Ecuador, está de regreso. Mi Secretaría pasará al M[inisterio] de R[elaciones], los tratados celebrados y canjeados que traigo. En ellos, se reconocen los derechos del Perú y están reconocidos como su propiedad, los territorios que bañan nuestros ríos del interior y que nos quería usurpar; que le eran tanto más satisfactorios estos buenos resultados para la República, cuando que para conseguirlos, no había sido necesario disparar un tiro ni lamentar la menor desgracia".

El Sr. Mar, contestó dándole las gracias a nombre de la República y convidó al Presidente a pasar al interior, éste me ordenó que se retirasen los jefes y oficiales y que lo acompañase al Gabinete. El Sr. Mar ofreció asiento al General Castilla, quien lo tomó en lugar preferente y lo circundaron, en otro[s], los Sres. Carpio, Melgar, Freire, Salcedo y yo. En esta disposición y cuando no esperábamos sino la terminación de una visita oficial, con otra particular de franqueza, cuál sería mi sorpresa al oír al General Castilla, tomar la palabra y decir: "*Como he dicho antes, el ejército ha llenado su misión, su comportamiento en el extranjero honra a la República, su moral, su disciplina, y su instrucción nada deja que desear, de todo se ha cuidado, ya en su parte política ya en su parte militar. Pero todo, como ustedes ven ha dado un buen resultado: la parte militar se ha hecho con prontitud, con pericia y con acierto. En todo esto tengo que cumplir ante Uds. con una justicia y con mucho gusto paso a hacerla: es al General Pezet a quien se debe en gran parte, el no solo ha sabido secundar y cumplir mis órdenes con precisión y preveerlo todo, lo que me ha servido de descanso, ayudándome con interés y patriotismo en el servicio público. Con este motivo no puedo menos que recordar aquí lo que sufrí y trabaje en la campaña de Arequipa, donde tuve por segundo jefe a un General ocioso, corrompido, beodo, que me desmoralizó ese ejército y pudieron perderme en esa guerra a no ser mi temple y mi firmeza. El General San Román, es un desgraciado por sus faltas y sus vicios, y en esa ocasión sirvió muy mal*". Yo interrumpiendo a S.E., le dije, que me permitiera retirarme que no creía merecer tanto, que yo no había hecho más que llenar mi deber, cumpliendo sus órdenes. S.E. mandó detenerme

y prosiguió con voz templada: *“No estoy así satisfecho del Gobierno, durante mi ausencia se han cometido abusos en todos los ramos, se ha faltado a la leyes, no se ha tenido en cuenta que yo era el Presidente de la República, y que tenía a mis órdenes un ejército y me ocupaba en positivos servicios al país, se ha cambiado mi política y se ha pretendido extraviar la opinión, ¿con qué facultad se ha dado de alta en el ejército al inglés Miller? ¿Por qué se han llamado al servicio jefes y oficiales sin que yo como Jefe del Estado y General en Jefe lo pida? Las facultades del Congreso para aumentar el ejército y poder incorporar esos oficiales son para el Presidente y no para el Vice-Presidente. Se han cambiado Sub-Prefectos; se han nombrado otros; aparecen diputados cuya elección no debió proteger el Gobierno, y en este orden, se han hecho notables alteraciones a mis prevenciones. Sé que mis operaciones militares y mi campaña han sido objeto de crítica en los círculos de los amigos del Gobernante y es preciso que se entienda S.S. que el General Castilla, está demasiado alto para que con charlas de salón y chicanerías e intrigas, se le pretenda desquiciar. Yo al hacerme cargo del Gobierno, podría manifestar mi disgusto y el mal servicio de Uds. cambiando el Gabinete, pero no lo haré; él —señalando al señor Mar— irá a su casa a vivir pacíficamente y no olvidar lo que acabo de decir. Por otra parte, lo que acaba de pasar en este cuarto, no debe ser sabido por más personas. S.S. somos siete, y en caso de que se divulgue algo de lo que ha tenido hoy lugar aquí, no me será difícil saber, quién lo ha dicho. Repito, pues, que este es un secreto de los siete. Yo reparé todo el mal que se haya hecho y evitaré, Sr. Mar, el que se continúe haciendo”.* Después de esta escena, un profundo silencio reinó en aquel recinto. Yo sudaba y temía por momentos que aquello acabara en una trifulca, pero el General Castilla conocía mucho a toda esa gente. El señor Salcedo, se gozaba en el resultado de sus cartas. Después del silencio, dijo: “Mañana me haré cargo del Gobierno”, el Señor Mar, dijo: “Y por qué no hoy, todo está listo y eso es operación de una circular que se pone en el acto”. “No, será mañana”, alegó Castilla. Se abrió las puertas del Gabinete y nos despedimos. El Sr. Mar y todos los ministros, vinieron a acompañar a Castilla hasta la puerta del último salón de palacio.

En la calle, dije al Presidente; “La amistad que Ud. me profesa, lo ha hecho exagerar mis servicios, doy a Ud. las gracias. Muy fuerte ha estado Ud. con esos señores, y principalmente con Mar”. “Bien lo merece ese pieza de escribano, no se retirará muy contento y tendrá que marchar con cuidado”.

Al día siguiente, el General Castilla se hizo cargo del Gobierno y yo fui nuevamente llamado al Ministerio.